

Leonel Plazas Mendieta

Tierra Perdida

Perdido en una *Tierra Perdida*, Leonel Plazas devela para nosotros en este poemario, la simpleza y contundencia de lo inevitable. Destroza su envoltura desde el dolor propiciado por Lilith, mujer de fuego alada y sensual, criatura nocturna que envuelve la tierra creada a imagen y semejanza de Dios. Ser de invención, amante de muchos demonios le trae al poeta la ausencia, que es un abismo, y con ella el sentimiento de culpa y de vacío insondable difícilmente sustituido por Eva. De allí el incesante retorno al dolor primigenio.

Dolor que subvierte las presencias femeninas en su vida y lo lleva al dolor del *Edipo sin amante*, que reclama, como en un juego de niños inocentes, la desolación de saberse sombra y la sombra es lo que queda después de habernos hecho tierra, y dejarnos abrigados por palabras que no curan el dolor de despertar, evocando *tristezas invisibles* en una memoria hecha de vientos... Aferrado al recuerdo y al dolor al mismo tiempo, la fe ciega en que lo irremediable sigue siendo risa de niños y creer que *Estás viajando, estás llegando todavía...*

Leonel de nuevo habla del dolor construido por la ausencia, las ausencias superpuestas, simultáneas, amalgamadas, que difusas se condensan. Habla de ese dolor que surge en la profundidad de un *deseo que no tiene ningún nombre*; o sí, ¿acaso vacío? Vacío que enfrenta el extrañamiento cuando dice: *entras y la noche se llena de símbolos*, al expresar el amor de arraigos, de espera, de asiento, para ese *árbol que fue mi cuerpo* y así exorcizar los *torpes e incomprensibles silencios* que grita aquella *intuición de verano*,

de la tierra y del deseo; de allí el dolor de la pérdida, del abandono y la desesperanza.

Leonel poeta, *ser de conocimiento, hombre imposible, hijo de nadie... escribe la noche como la luna escribe la luz*, de forma irremediable, obstinada, silenciosa, en contravía; la ruptura, el desconcierto que siembra, *que escribe la sal, la oscuridad de los días, la claridad de la noche*, que trae lo efímero, lo irreparable, de nuevo la renuncia y el abismo cuando cuenta que *se marchó con la alegría del naufragio, de hombres hechos de su sal, inscritos en la arena mientras vuelve la marea, bebiendo de mi propia rabia una soledad que no es de mar...* el extrañamiento, la culpa, la huida, como si cargara con tres muertos y un olvido.

Leonel grita: “*Llévate mi olvido que tampoco me pertenece*, ni a Yulia, ni a Malena, ni a luna de abril, ni a Lilith ni a Eva, ni a la amante ni a la madre. ¡Maldita divinidad que se ha tragado el vivir del hombre!”

Escribir es herirse, dice el poeta y desiste y maldice sus *ángeles rojos, sus espadas y garras*, que irrumpen cada noche a perturbar la vida, porque *el alba empieza a asomar igual como el ocaso murió sin tu voz* en esa *edad de arena* donde todo deviene movedido, inasible, posible, inalcanzable, *hasta que no hayan nacido ausencias futuras lejanas y presentes*, renacidas de ayer y de mañanas.

Un poeta que es más errante que poeta, Leonel nacido en una tierra brava, Cartagena del Chairá, caminante fabulador del hombre, del hombre que es solo *un animal vencido cuando comienza la noche* y encuentra que quiso ser un dios y solo era un hombre que destruye cuando ama y desea

cuanto pierde, aprendió en su camino que
¡no sabías si no la violencia del destino!

Un hombre *capaz de dejar cicatrices que
germinan en palabras*, para poner en ellas
gritos y noches, mandatos, promesas, amena-
zas, augurios, reclamos; hasta *que la última*

*luz de la tarde que queda en el aljibe, nos salve
del tiempo.*

*Y no sea la soledad lo primero que sale a
nuestro encuentro...*

MATILDE ELJACH

Doctora en Antropología, docente e investigadora.
